

---

## INTRODUCCION.\*

---

A mi estimado amigo el popular poeta

JUAN DE D. PEZA.

Es en la noche: á la apacible calma  
De una tarde de Abril grata y serena,  
Sucedióse el bramido de los vientos,  
Precursora señal de la tormenta.

Los árboles añosos, sacudidos  
Por el recio huracán, se balancean;  
Y de sus ramas las medrosas aves  
Huyen, buscando abrigadoras peñas.

\* La favorable acogida que obtuvo este romance cuando se dió á la estampa, decidió al autor á acometer la tarea de escribir un poema al primer héroe mexicano de la antigüedad. Sin que crea haber dado cima á la obra, presenta hoy su trabajo como un testimonio de admiración á aquel invicto caudillo de Anáhuac, y nada más; y si le pone al poema como introducción este romance, es como un justo tributo de cariño al elegante y sentido poeta á quien está dedicado.



No es ya el murmurio del arroyo manso  
 El que turba el silencio en la floresta  
 Al correr por su lecho que tapizan  
 Silvestres y olorosas madre selvas;

Las aguas, inquietándose, parecen  
 Querer salir de su prision estrecha,  
 Y el ruido de su empuje proceloso  
 En el espacio con furor resuena.

Los argentados rayos de la luna  
 Y el brillante fulgor de las estrellas,  
 Se van perdiendo tras espesa nube  
 Que el Bóreas trae en su veloz carrera.

Yace la gran Tenochtitlan dormida  
 En medio de los lagos que la cercan,  
 Donde flotantes huertos y jardines  
 Perfumando la atmósfera navegan.

En el suntuoso alcázar que á cien reinos  
 Muestra de Moctezuma la grandeza,  
 El sabio emperador, señor de reyes,  
 A igual descanso, sin temor, se entregá.

Se halla en su faz tranquila retratado  
 El bienestar del alma satisfecha,  
 Sin que una sombra de pesar anuble  
 Las pátrias esperanzas que le alientan.

Dulce sonrisa agítase en sus labios.....  
 Sueña quizás que tras de cruda guerra  
 Nuevos Estados agregó al imperio  
 Que con cabal aceptacion gobierna.

Tal vez la bendicion de sus vasallos,  
 Halagando su orgullo, grata llega  
 Hasta él, y creyéndose despierto,  
 Afable con los súbditos se muestra.

Veloz avanza el temporal. Las nubes  
 Cubrieron ya la soledad inmensa  
 Del firmamento, y sus vapores leves  
 Mil visiones fantásticas semejan.

Truena, de pronto, el rayo resonante,  
 Rasgando el seno de las nubes densas,  
 Y de las formidables cataratas  
 El agua se desprende con violencia.

La luz de los relámpagos alumbrá  
 Con su vivo fulgor llanura y selvas,  
 Dejando comprender cuán horrorosas  
 Son de esas soledades las tinieblas.

Sigue en el regio lecho Moctezuma  
 Entregado al descanso; pero aquella  
 Dulce expresion que en su semblante habia,  
 Reemplazada se ve por la tristeza.



¿Qué extraña agitacion, qué sufrimiento  
Vino á turbar la paz tan lisonjera  
Del venturoso rey á quien no iguala  
Ninguno en poderío ni en nobleza?

¿Por qué huyó de sus labios la sonrisa,  
Reflejo fiel de halagadora idea,  
Y contraídos por dolor oculto  
Indicio dan de punzadora pena?

Un copioso sudor cubre su frente;  
Erízase su negra cabellera;  
Fatigoso es su aliento, que interrumpe  
Para dar paso á doloridas quejas;

Entreabre los párpados, y en torno  
De sí la vista con terror pasea.  
Luego con voz medrosa, balbuciente,  
Así sus labios trémulos se expresan:

“¡Ahuizotl! ¡Ahuizotl! Piedad te pido.....  
No inhumano y cruel conmigo seas.....  
Basta ya de rigor..... déjame solo,  
Que es horrorosa muerte tu presencia.....”

Luego, en el lecho se incorpora, y vuelve  
Otra vez á caer, y se revuelca,  
Presa de indescriptibles convulsiones  
Que su cansado cuerpo al fin maceran;

Mas no recobra el sueño. A cada instante  
Con voz confusa su clamor empieza,  
Y “ten piedad de mí..... véte..... tu vista,  
Inhumano Ahuizotl, me desespera.”

Así clama transido de quebranto;  
Despues su aliento recobrar intenta,  
Y cual si fuera á entrar en la batalla,  
Con un supremo esfuerzo se endereza.

Tiende en redor la vista rebuscando  
La imágen que á su espíritu atormenta,  
Y para ver mejor, ase convulso  
La que arde en el salon rojiza tea.

Recorre apresurado el aposento,  
Toca los muebles, las paredes tienta,  
Y no hallando el espectro que le aturde,  
Yergue valiente la viril cabeza.

De pronto, el estampido pavoroso  
Del fiero rayo en los espacios truena,  
Y á su fragor, como delgado junco  
El alcázar magnífico retiembla.

Una ráfaga audaz del torbellino  
Por el balcon cercano allí penetra,  
Envuelve á Moctezuma, y apagando  
La luz, en honda oscuridad lo deja.



En tal sazón, se escucha el estridente  
Canto de un buho que la estancia llena  
Con su voz, que es más triste que el lamento  
De los cautivos en extraña tierra.

Era fama en Anáhuac (y aun hoy día  
Hay quien abriga tan fatal creencia)  
Que el canto melancólico del buho  
Era de pronta muerte señal cierta.

Harto supersticioso Moctezuma,  
Al escuchar el canto, se doblega,  
Y cual hoja del árbol sacudida  
Por el impulso de los vientos, tiembla;

Siéntese de terror sobrecogido;  
Torna el espectro á ver que le amedrenta,  
Y doblando en el suelo ambas rodillas,  
Habla con ronca voz de esta manera:

“¡No hay piedad para mí! Los elementos  
El cielo en mi redor desencadena:  
Es en vano luchar contra el destino  
Que nos arrastra con gigante fuerza.

¿Por qué, por qué con implacable saña  
Me persigues, oh sombra? En mi conciencia  
Nada hay que me avergüence. Como bueno  
A los dioses adoro; y satisfecha

“Dejo su voluntad, sacrificando  
En sus aras las víctimas cruentas.  
¿Por qué si doy esplendoroso brillo  
A las deidades que en el orbe imperan,

“Con impiedad cruel se me castiga  
Haciéndome apurar hiel tan acerba?  
Yo hago que cumpla con las leyes pátrias  
El pueblo que me teme y me respeta;

“Doy impulso á las artes, y á la sombra  
De mi gobierno, la nación progresa.  
He vuelto tributarios á los reyes,  
Cuyo poder en armas y en riquezas

“Con respeto miró la Monarquía  
En época anterior. He dado pruebas  
De valor en la guerra, y de civismo  
Cuando de paz el estandarte ondea.

“¿Por qué, pues, el destino despiadado  
Contra mí se conjura y me presenta  
De lúgubres visiones un conjunto  
Que sangre y exterminio manifiestan?

“Si no hay clemencia para mí, si airados  
Los dioses me abandonan, y en mi adversa  
Suerte ninguno mis clamores oye,  
Mejor la muerte á libertarme venga



“Del tormento cruel que debilita  
Sin compasion mis varoniles fuerzas.”  
Dice, y enderezándose, recorre  
Con tardo andar la silenciosa pieza.

¿Qué espíritu, llenando su cerebro,  
Le presta inspiracion? ¿Qué nueva idea  
Le acomete de pronto, y le reanima  
Desvaneciendo la vision funesta?

Cuando furioso el vendaval sacude  
Los gigantescos pinos de la selva,  
Parecen vacilar los gruesos troncos  
Y como esbeltas cañas se doblegan.

Pasa la tempestad, y hasta las nubes  
Sus empinadas cimas enderezan,  
Y cual otros gigantes desafian  
Del poderoso Olimpo la grandeza.

Así pasó con Moctezuma. Al verse  
Juguete vil de los espectros, tiembla,  
Clama piedad, y aun á la muerte invoca  
En la alucinacion que le atormenta.

Pero deja de ver al fiero espectro;  
Del buho el triste canto por fin cesa;  
De los vientos no escucha el rebramido,  
Y orgulloso recobra su soberbia.

Mas ¡ay! las olas de la mar bravía,  
Despues que se apacigua la tormenta,  
Aunque en pequeños rizos aparecen,  
Muerte traidora en sus abismos llevan.

Tranquila surca la valiente nave  
El sosegado mar, noche serena,  
Cuando de pronto en ignorado escollo  
La dura quilla con fragor tropieza.

Entónces se abre el casco de la nave,  
Con poderoso empuje el agua entra,  
Y en corto espacio destruccion y ruina  
Del flotante edificio sólo queda.

¡Moctezuma infeliz! Preñada nube  
Oscureció tu reluciente estrella.....  
¡No hay piedad para tí! Tú lo dijiste.....  
¡La maldicion de Dios sobre tí pesa!

El ave melancólica que canta  
Para anunciar al desdichado azteca  
De muerte la señal, alza de nuevo  
Su acento aterrador en las tinieblas.

Allá, en el fondo de la estancia, pende  
Colgado en la pared, que centellea  
Por sus ricos dorados, el escudo  
Del reino mexicano. Altiva, fiera



Una águila caudal despedazando  
A un tigre, el bello escudo representa.  
Siempre los mexicanos, de valientes,  
De temerarios, dieron grande muestra.

De pronto se estremece el edificio,  
Cual si poder ciclópeo lo moviera,  
Y á impulso del audaz sacudimiento  
Cae el escudo soberano en tierra.

Extraño ruido asorda los espacios;  
Se envuelve en humo la morada régia,  
Y el olor que despidе la resina  
Cuando se inflama, el aposento llena.

Una luz ténue, cual fulgor de luna  
Que entre las hojas de enramada espesa  
Suele pasar y alumbra suavemente,  
Las sombras de la cámara despeja.

Ábrese el fuerte muro dando paso  
A una espantosa aparición, que lenta  
Se dirige al lugar do Moctezuma  
Lleno de horror y enmudecido tiembla.

Es ¡ay! la sombra de Ahuizotl terrible:  
Muestra en su faz del alma la dureza:  
Sus ojos son carbones encendidos  
Que más que miran, despiadados queman.

Su diestra mano empuña tosca espada  
Hecha de dura y de pesada piedra,  
Y de oro reluciente un rico escudo  
Asegurado tiene en la siniestra.

El manto de los reyes, de sus hombros  
Hasta cerca del pié, garboso cuelga,  
Y la corona que llevara en vida  
Ciñe su negra y larga cabellera.

El moreno color de su semblante  
No existe ya: de piel amarillenta  
Y rugosa se encuentra revestida  
Su animada, espantable calavera.

Así que enfrente está de Moctezuma,  
Que inmóvil y aterrado lo contempla,  
Le toca el hombro con la ruda espada  
Y fija en él sus inflamadas cuencas.

Luego con ronca voz, cual si su acento  
Del silbante aquilon el eco fuera  
O el graznido monótono del buitre  
Que sobre los cadáveres revuela,

Estas palabras le dirige, haciendo  
Que el alma del monarca se estremezca:  
"Necio mortal, el trono que ocupaste  
Cuando dejé la vida pasajera,



“Va muy en breve á verse sacudido  
 Por una audaz, desconocida fuerza.  
 ¡Guay de los hijos del Anáhuac; sólo  
 Esclavitud ó muerte les espera!”

Dice, y quitando la grosera espada  
 Del hombro del mortal, la pone en tierra.  
 Despues, dando á su acento el apacible  
 Suave rumor que esparce en la arboleda

Blando Favonio al agitar las hojas  
 En noche de agradable primavera,  
 Así agrega, piadoso reanimando  
 Del noble Moctezuma la entereza:

“Yo venturoso tu poder miraba  
 Desde el punto que tengo en la suprema  
 Mansion adonde van los que dejaron  
 Este lugar de duelo y de miserias.

“Yo ví que á nuestros dioses inmortales  
 Alzaste templos de eternal grandeza,  
 Sacrificando en sus augustas aras  
 Las víctimas que aplacan su inclemencia.

“Yo ví que tu gobierno ha dado impulso  
 A la industria, á las artes y á las ciencias,  
 Marchando la nacion, por su cultura,  
 De todas las demas á la cabeza.

“Yo ví que valeroso combatiste  
 A las huestes rebeldes y altaneras  
 Que su pendon en contra levantaron  
 De la suprema ley que representas.

“Yo ví que en el Consejo decidiste,  
 Al influjo feliz de tu elocuencia,  
 Las cuestiones dificiles que dieron  
 Orígen á odiosísimas querellas.

“Yo ví tambien..... Mas ¡ah! ¿por qué decirlo,  
 Si con sólo saberlo, mi soberbia,  
 Que no reconoció jamas medida,  
 Está de tus hazañas satisfecha?

“Tú eres mi digno sucesor: tus hechos  
 Dicen á grandes voces la excelencia  
 De tu reinado, que será en la historia  
 Asombro de la gente venidera.

“Tu pecho, empero, abriga los horrores  
 De honda supersticion, que no te deja  
 Desplegar el valor que necesitas  
 En esta santa y colosal empresa.

“Mas ¡ay! por eso hiere el sufrimiento  
 A mi inmortal espíritu que acierta  
 A comprender el porvenir luctuoso  
 Que á nuestra amada patria se le espera.



“Por eso abandonando las regiones  
Donde la grata paz es sempiterna,  
Vengo hasta aquí para alentar tu pecho  
Y que el escudo de la patria seas.

“Óyeme, pues, ¡oh grande Moctezuma!  
De la superstición tu mente aleja,  
Y fuerte y decidido, á la batalla  
Tus valientes ejércitos aprresta.”

Cesa Ahuizotl de hablar un breve espacio,  
Y pensativo y sosegado queda.  
En tanto Moctezuma, reanimarse  
Siente la sangre que se heló en sus venas

Quando el fantasma le tocara el hombro  
Con el extremo de la dura piedra.  
Después aquel prosigue su discurso,  
Hablando así con indecible pena:

“Allá, muy lejos, tras los anchos mares  
Que son de nuestro suelo la defensa,  
Hay otros seres de la raza humana  
Que ignoraron hasta hoy nuestra existencia.

“En donde nace el sol tienen su imperio;  
Es vasta su instrucción, y la grandeza  
De su poder no cede á cuanto existe  
Debajo de las nítidas estrellas.

“Tienen blanca la faz como la nieve;  
De dorado color la cabellera,  
Y en sus ojos, azules como el cielo,  
El valor temerario centellea.

“Al mando de esforzados capitanes,  
Que aparecen cual genios de la guerra,  
Alcanzan en la lid fácil victoria  
Que da de su poder cumplida muestra.

“Tienen otras costumbres y otros usos  
Distintos de los nuestros. Su creencia  
Religiosa los hace intolerantes  
Con los que siguen religión diversa.

“Son valientes también..... ¿Cómo no serlo  
Si son hijos del sol, y donde quiera  
Un poder invisible los ampara  
Y muerte y riesgos de su lado aleja?

“Es fama que nacieron invencibles;  
¿Y cómo no, si su potente diestra  
Arroja el rayo que exterminio y muerte  
Por donde pasa inexorable siembra?

“Es de un metal extraño su vestido  
Y en él resbalan las agudas flechas  
Que al duro corazón de las encinas  
De nuestros bosques vírgenes penetran.



“Al rumor de sonoros instrumentos,  
Que los espacios infinitos llena,  
Se aprestan al combate, y con bravura  
Sostienen la batalla carnicera.

“Existen entre ellos unos séres  
A los cuales dotó naturaleza  
De diferente forma que á nosotros:  
Son de más elevada corpulencia,

“Mas tienen la mitad de sér humano,  
Siendo la otra mitad de rara bestia:  
Su cuerpo se sostiene en cuatro remos  
Que les da extraordinaria ligereza;

“Tienen dos brazos más, muy en lo alto,  
Con los que armas mortíferas manejan.  
Lo más fenomenal es que cada uno  
De esos séres contiene dos cabezas:

“De hombre la superior, y la más baja  
Es de animal, aunque garbosa y bella.  
Estos informes séres en la lucha  
Son más terribles que las mismas fieras,

“Pues donde quiera que el peligro asoma  
Corren, vienen y van, se apartan, llegan,  
Y sin cesar su destructora mano  
Lastima, hiere y sin piedad degüella.”

Suspende el habla la vision, y en torno  
De sí dirige la mirada inquieta,  
Como buscando de enemigo oculto  
La traidora y fatídica presencia.

Luego, con voz que muestra los distintos  
Sentimientos de su alma, que se altera  
A medida que va desarrollando  
De su claro cerebro las ideas,

De la misma manera que se irrita  
El arroyo que va por la pradera  
Corriendo manso y que despues las aguas  
Del cercano peñon su fuerza aumentan

Hasta el momento en que salvando el cauce  
El campo extenso con fragor anega,  
De esa suerte el espectro, modulando  
La inflexion de su voz, así se expresa:

“Pero ¡ay! sobre el valor y la pujanza  
De esos séres, maléfica descuella  
La ambicion desmedida de tesoros,  
La sed inagotable de riquezas.

“¿Por qué, por qué benignos nuestros dioses  
Pródigos fueron con la virgen tierra  
Donde nacimos? ¡Nadie nos buscara  
Si nuestra condicion humilde fuera!



“El soberano rey de aquellos hombres  
Es fuerte y poderoso, y su grandeza  
En todos los lugares conocidos  
De aquel mundo se teme y se respeta.

“Pues bien: aquellos séres superiores  
A quienes de ambicion el ansia ciega,  
Del encrespado mar las bravas ondas  
Hacia acá en grandes barcas atraviesan.

“En nuestras playas hallaránse presto;  
Te ofrecerán que su amistad sincera  
Llegarás á obtener, si reconoces  
De su señor la condicion excelsa.

“Guárdate, sin embargo, de escucharles;  
No aceptes su amistad, que sólo encierra  
El dulcísimo són de la lisonja  
Que embriaga para herir con más firmeza.

“No amedrentes tu espíritu tampoco;  
A la lucha prepárate, y desecha  
Esa preocupacion que va á esparcirse  
De que invencibles son en la pelea.

“Convoca tus ejércitos al punto;  
Sin pérdida de tiempo armas apresta,  
Y con todos los pueblos forma alianza  
Para acudir á la comun defensa.

“No hay que desesperar de la victoria;  
El triunfo te dará segura prenda  
De libertad, y la derrota sólo  
Traerá á la patria esclavitud eterna.

“¡Ah! no lo dudes, no. Cuando vencidos  
Por la invasion nuestros guerreros sean;  
Cuando en nuestros palacios portentosos  
Ondule al viento la triunfal bandera

“Del extranjero audaz; cuando humillados  
Sin fuerzas, sin valor, los pueblos tengan  
Que abandonar sus plácidos hogares  
Y ocultar en los montes su vergüenza;

“Entonces ¡ay! nuestras ciudades todas  
Arrasadas serán; nuestras creencias  
Escarnecidas; nuestros grandes templos  
Derribados, y luego con soberbia

“Inconcebible, elevarán los suyos  
Sobre sus mismas destrozadas piedras.  
Y nuestros hijos andarán errantes  
Por la espesura como viles bestias,

“Despues de haber perdido en la batalla  
Su religion, sus leyes y su lengua.  
Tal es ¡oh rey! el porvenir horrible  
Que á nuestra cara patria se le espera.



“Ten, pues, valor y aparta de tu mente  
La ofuscacion; á prepararte vuela  
Para vencer en la gigante lucha  
A que te llama la fortuna adversa.

“No temas, no: mi aliento poderoso  
Contigo irá cuando en la lid te veas.  
Guárdate sólo de traidores pechos  
Que al temible invasor la patria vendan.

“¡Guay de tí si cobarde huyes la lucha!  
¡El trono perderás y la cabeza!  
¡Guay de los hijos del Anáhuac! ¡Sólo  
Esclavitud ó muerte les espera!”

Cesa la voz, y de Ahuizotl la sombra  
Desaparece al punto entre la densa  
Atmósfera que envuelve el aposento.  
Ensimismado Moctezuma queda,

Sin comprender si la vision fué parto  
De su imaginacion calenturienta,  
O existe en realidad ese peligro  
Que su temible arrojó desconcierta.

En vano trata de encontrar alguna  
Señal que indique la reciente huella  
Del terrible Ahuizotl, cuyas palabras  
Duras en sus oídos aun resuenan.

Mas nada ve que lo persuada. Todo  
Cual siempre se halla en la morada régia.  
Pasó la tempestad; el horizonte  
De las cargadas nubes se despeja;

El céfiro las hojas acaricia  
De las húmedas plantas; las estrellas  
Con blanca luz alumbran del palacio  
Del noble rey la construccion extensa.

Todo vuelve á la calma y al reposo;  
Paz, silencio y quietud tan sólo reinan,  
Y triste y pesaroso Moctezuma  
De la cercana aurora el brillo espera.

